PREGÓN DE SEMANA SANTA

Quesada, Jaén - Cuaresma 2025

Excelentísimas autoridades eclesiásticas, señora presidenta del Grupo Parroquial de Culto organizador "Nuestro Señor de la Columna", representantes del resto de Grupos Parroquiales de Culto, autoridades civiles y militares, y queridos vecinos y vecinas de Quesada:

Es para mí un inmenso honor y una gran responsabilidad dirigirme a ustedes, vosotros si me lo permitís, hoy como pregonera de nuestra Semana Santa. Quiero comenzar expresando mi más sincero agradecimiento a quienes han depositado su confianza en mí para anunciar el periodo más solemne del año para los cristianos. No puedo ocultar mi emoción al ser la primera pregonera milenial, tras nuestras queridas vecinas Dña. Carola Malo y Dña. Mari Carmen Morata, pionera de este tradicional pregón, que tiene el privilegio de alzar su voz en este acto.

Antes de comenzar, permitidme una breve reflexión sobre el lugar que nos acoge. Aunque tradicionalmente este pregón se ha celebrado en nuestra querida Iglesia San Pedro y San Pablo, donde la historia y la fe se fundían en un solo sentir, hoy nos reunimos en la Casa de la Cultura. Las circunstancias y decisiones ajenas a nuestra voluntad y poder que nos han traído aquí forman parte también de nuestra historia, y aunque el espacio sea diferente, el espíritu que nos convoca es el mismo. Porque la fe y las tradiciones no residen en los muros que nos rodean ni en los dirigentes que los gobiernan, sino en los corazones de quienes las vivimos.

EL ANUNCIO DE NUESTRA PASIÓN

Permitidme ahora compartir con vosotros lo que para mí marca verdaderamente el inicio de la estación de penitencia junto a los hermanos cofrades de Nuestro Señor de la Columna, cofradía de la que soy hermana desde mi nacimiento. Quiero que se sitúen conmigo. Jueves Santo, 7 de la tarde. Me encuentro ayudando a mi padre y a mi hermano a ponerse las túnicas. Este último, hace su broma anual de crearse uno de los personajes

de la novela de Harry Potter con la capa del traje de nazareno. Notas que faltan lañas. Siempre faltan lañas para las capas a pesar de haberlas preparado a conciencia esa misma mañana. Mamá lleva ya 2 horas con la teja puesta junto a la tía Merce en los oficios. Dos grajos negros se llaman cariñosamente en la Iglesia. Nos deslizamos calle Teatro abajo en busca del Jardín, nuestra sede. Allí, entre nervios y emoción, repartimos las velas, organizamos mantillas y penitentes. Mi padre, recitando su mismo credo de cada Semana Santa, marca las distancias para la procesión, “Somos 20, pero que parezca que somos 50” va comentando en voz alta mientras nos coloca en las filas. El bullicio de las voces se mezcla con el sonido de las túnicas rozando el suelo, con el tintineo de los cirios, con las últimas instrucciones.

Y entonces, a lo lejos, se escucha. Primero como un murmullo, luego cada vez más claro: el redoble de los tambores que se acercan. Es nuestra querida banda de cornetas y tambores Pasión de Quesada que, como cada año, viene a recogernos. Ese sonido profundo, rítmico, ancestral, que nos eriza la piel y nos hace contener el aliento. Ese sonido que nos llama, que nos guía hacia la iglesia para comenzar nuestro camino de acompañamiento al Señor.

No hay palabras para describir la emoción que siento cuando, tras organizarnos en filas, comenzamos a caminar al compás de esos tambores por las calles de nuestro pueblo. Es en ese preciso instante, con el primer paso que damos siguiendo el ritmo marcado por la banda, cuando realmente comienza mi Semana Santa. Cuando el tiempo parece detenerse y todo lo demás —preocupaciones, prisas, rutinas— queda en suspenso.

Ese sonido que ahora resuena entre nosotros es el mismo que ha acompañado a generaciones de quesadeños y quesadeñas en su fe. El mismo que escucharon nuestros abuelos y que, Dios mediante, escucharán nuestros nietos. Un sonido que es tradición, que es historia, que es identidad.

(En este momento, solicito la entrada del estandarte de la cofradía portado por un penitente, acompañado por los tambores de la banda de tambores y cornetas).

LA MIRADA DE MARÍA

Si hay una figura que me gustaría poner en el centro de este pregón es María, la madre que acompañó a Jesús en cada paso de su camino. Quiero invitaros a contemplar la Pasión a través de sus ojos, de su mirada de madre.

María no es solo un personaje pasivo en este relato. Es una mujer fuerte, decidida, que desde el "hágase en mí según tu palabra" hasta el pie de la cruz, muestra una valentía y una entereza admirables. En tiempos en que el papel de la mujer se reducía al silencio y la invisibilidad, ella se mantuvo firme, acompañando, sosteniendo, resistiendo.

Y es precisamente esta fortaleza silenciosa lo que me lleva a reflexionar sobre el papel de las mujeres en nuestra Iglesia. Como científica, no puedo evitar establecer un paralelismo con lo que ha ocurrido históricamente en mi campo: mujeres brillantes cuyos descubrimientos fueron atribuidos a hombres, nombres femeninos borrados de la historia, aportaciones fundamentales relegadas a notas a pie de página.

En la Iglesia ha sucedido algo similar. Si miramos con atención, veremos que son las mujeres quienes, en gran medida, sostienen el día a día de nuestras parroquias. Son ministras de la comunión, visitan y cuidan a los enfermos, atienden a los necesitados, mantienen limpios y decorados los templos, administran recursos, organizan catequesis, transmiten la fe en los hogares. Son, en definitiva, las manos, los pies y el corazón de una Iglesia cuyas estructuras de poder han sido tradicionalmente masculinas. Y esto es algo que me toca de cerca desde la experiencia de mis tías Isabel y Amalia, mujeres devotas, cariñosas, entregadas, cada una con su propio estilo a nuestra comunidad eclesiástica durante muchos años. El R5 de mi tía ha visitado la Lonja más veces de la que los devotos de golpe en el pecho lo han hecho. Desde aquí quiero darles el reconocimiento que se merecen, que como reza nuestro credo “así en el cielo como en la tierra” para la tía Isa y la tía Amalia. *(Aplausos)*.

Es esperanzador ver cómo, poco a poco, se reconoce esta realidad. El Papa Francisco ha expresado en numerosas ocasiones su deseo de otorgar un papel más importante a las mujeres dentro de la Iglesia, nombrándolas para

cargos de responsabilidad, escuchando sus voces, valorando su perspectiva. Un camino que, aunque lento, nos acerca cada vez más a esa Iglesia inclusiva que, estoy convencida, reflejaría mejor el mensaje universal de Jesús.

¿Qué nos diría hoy María, en pleno siglo XXI? Creo firmemente que nos hablaría de fortaleza, de ruptura de barreras, de igualdad. Nos diría que su historia es también la historia de tantas mujeres que, a lo largo de los siglos, han mantenido vivas nuestras tradiciones, nuestras familias, nuestra fe. Mujeres que, como ella, han sido pilares fundamentales, aunque la historia no siempre les haya dado el reconocimiento que merecen.

Las mujeres de Quesada, esas abuelas, madres, hijas y nietas que han bordado mantos, preparado dulces tradicionales, enseñado oraciones y transmitido el sentir de la Semana Santa, son también herederas de María. Y hoy, cuando una mujer joven os habla desde aquí, es un pequeño homenaje a todas ellas.

ENTRE GENERACIONES

La Semana Santa es un tiempo especial que vivimos de manera diferente según la etapa de la vida en que nos encontremos.

De niños, quizás nos atraía más el sonido de los tambores, el olor a incienso, los trajes de los nazarenos, los dulces que nos daban durante las procesiones. Recuerdo con cariño cómo mi abuela Mari Carmen me explicaban cada paso, cada imagen. Cómo mi madre me enseñó a respetar el silencio del Viernes Santo y a celebrar la alegría de la Resurrección.

Ahora, como adulta, entiendo que aquellos momentos eran mucho más que tradiciones. Eran lecciones de vida, de fe, de comunidad. Y también comprendo, con cierta nostalgia, que aquellos abuelos que nos guiaban ya no están todos entre nosotros. Sus voces se han ido apagando, y con ellas, parte de nuestras tradiciones más arraigadas.

Recuerdo con especial emoción esas reuniones familiares del Jueves Santo en casa de mis abuelos Lola e Hilario en Collejares. El mantel blanco sobre

la mesa grande, las sillas extras que había que traer e incluso usar los porros de madera para sentarnos. Mis primos y yo haciendo trastadas y los limoneros de mi abuela pagando las consecuencias. Mis padres y tías preparando el aperitivo y el arroz. Esas reuniones que ahora ya no se celebran. El fallecimiento y la vejez de los abuelos ha dejado un vacío que, aunque intentemos llenar, nunca será el mismo. Las casas son diferentes, las recetas no saben igual, las conversaciones han cambiado. Es ley de vida, pero no por ello duele menos.

Qué decir de esos días previos a la Semana Santa, cuando acompañaba a mis padres y a sus amigos a arreglar los tronos para los pasos. Siempre decían la misma frase “bueno otra vez nos vemos aquí los mismos, ¿no?” Y es verdad que ver a todos esos amigos, nuestras queridas Maricas, las Cucas, mis padrinos, María José, Paco, Ani, David, Joaquín, los Chatos, los Torrente, y muchos más que seguro me dejo en el tintero, decorar los tronos de cada paso se convirtió en el mejor recuerdo de esa edad dorada. Observaba maravillada cómo esas manos ásperas de trabajar la tierra se volvían delicadas al colocar cada flor, cada vela, cada detalle en su sitio exacto. Les escuchaba hablar, bromear, discutir amistosamente sobre si este cirio debía ir más a la derecha o más a la izquierda. Aprendí de ellos no solo técnicas y tradiciones, sino valores: el trabajo en equipo, la dedicación, el amor por lo bien hecho. Hoy soy yo quien ayuda a montar esos pasos. Mis manos, formadas en la ciencia, siguen los mismos movimientos que aprendí de aquellos hombres y mujeres. Y mientras trabajo, les recuerdo y les doy las gracias en silencio por todo lo que me enseñaron.

Y los Viernes Santos, ¡esos viernes de bacalao en mi casa! El aroma que inundaba la casa desde bien temprano, la receta secreta de mi madre que intento replicar, las largas sobremesas en que se mezclaban reflexiones sobre anécdotas familiares y películas de Ben Hur y planes para el Domingo de Resurrección y el hornazo. Esta es quizás una de las reflexiones más importantes que quiero compartir hoy: la Semana Santa, más allá de su profundo significado religioso, es un tiempo de encuentro entre generaciones. Un puente entre el pasado y el futuro. Una oportunidad para que los jóvenes recojamos el testigo de nuestros mayores y lo adaptemos, con respeto y creatividad, a los nuevos tiempos.

LA VOZ DE LOS JÓVENES

Y hablando de jóvenes, permitidme que dedique unas palabras a mi generación. A veces se dice que los jóvenes hemos perdido la conexión con las tradiciones, que vivimos ajenos a la espiritualidad, encerrados en nuestros móviles y en un mundo virtual. Pero yo veo algo diferente. Veo jóvenes comprometidos, que buscan su lugar en estas celebraciones. Quizás no vivimos la Semana Santa y la religión exactamente como lo hicieron nuestros abuelos, pero que buscamos en ella respuestas a nuestras propias inquietudes.

Es cierto que muchos jóvenes hoy mantenemos una relación diferente con la Iglesia como institución. Pero si nos fijamos en sus acciones, ¿no son ellos quienes mejor encarnan el mensaje esencial del cristianismo? Lo vimos claramente durante la pandemia, cuando fueron los primeros en organizarse para llevar comida y medicinas a nuestros mayores, en crear redes de apoyo, en ofrecer su tiempo y energía para quienes más lo necesitaban. Son ellos quienes, sin alarde, echan una mano en cada procesión: montando pasos, cargando tronos, tocando en la banda, ayudando en la organización. Y son ellos también quienes mantienen vivas nuestras tradiciones más queridas a través de iniciativas como la de la Asociación de las Colonias de Tiscar, enseñando a los más pequeños no solo juegos y canciones, sino valores de compañerismo, respeto y solidaridad. Quizás su forma de vivir la fe sea menos visible en los bancos de la iglesia y más palpable en las calles, en los campamentos, en la atención al necesitado. Una fe que se manifiesta no tanto en palabras como en obras.

Nosotros, los jóvenes de Quesada, tenemos la responsabilidad de mantener viva esta tradición, pero también el derecho a vivirla desde nuestra propia perspectiva. Con respeto a lo esencial, pero con la libertad de adaptar lo accesorio a nuestro tiempo y circunstancias.

FAMILIA Y COMUNIDAD

La Semana Santa es, sin duda, un tiempo de reflexión y autocrítica. Un momento para mirar hacia dentro y preguntarnos si estamos viviendo de acuerdo con nuestros valores más profundos. Pero es también un tiempo de comunidad, de reencuentro.

¿Cuántos de nosotros esperamos cada año estas fechas para volver a ver a familiares que viven lejos? ¿Cuántos recordamos con especial cariño esas comidas familiares, esos momentos alrededor de la mesa en los que se mezclan tradiciones culinarias, historias del pasado y planes de futuro?

La mesa de Semana Santa, con sus torrijas, sus roscos, sus platos tradicionales, es mucho más que gastronomía. Es un espacio de comunión, en el sentido más amplio de la palabra. Un lugar donde la familia se reúne, donde los lazos se estrechan, donde la memoria colectiva se transmite de generación en generación.

Y en ese sentido, nuestro pueblo entero se convierte en familia durante estos días. Las calles son el hogar común, y cada procesión, cada acto, cada encuentro, es una oportunidad para fortalecer los vínculos que nos unen como comunidad.

CONCLUSIÓN

Queridos vecinos y vecinas de Quesada:

Os invito a vivir esta Semana Santa con ojos nuevos. A redescubrir en estas tradiciones centenarias un mensaje que sigue siendo actual. A mirar, como María, más allá del dolor, hacia la esperanza. A tender puentes entre generaciones, entre tradición y renovación, entre fe y compromiso social.

Os invito a que estas celebraciones sean verdaderamente inclusivas, donde hombres y mujeres, mayores y jóvenes, tengamos todos un espacio propio. Donde nadie se sienta excluido, porque si algo nos enseña la Pasión es que el mensaje de Jesús fue, ante todo, un mensaje de amor universal.

Y finalmente, os invito a hacer de esta Semana Santa un tiempo de verdadero encuentro. Con nosotros mismos, con nuestras familias, con nuestra comunidad, con nuestra espiritualidad más profunda.

Que el sonido de tambores y cornetas que pronto recorrerá nuestras calles sea también la llamada a una Quesada más unida, más igualitaria, más fiel a sus raíces, pero también, más abierta al futuro.

Muchas gracias a todos.